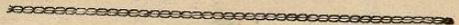


verdadera de Jesucristo en ese augusto Sacramento, ufa-  
na se ostenta en sus templos, llevando sobre las manos  
sacerdotales al autor de la vida, y repitiendo con mas  
seguridad que los israelitas; *nulla natio tam grandis que  
habeat Deos apropinquantes sibi, sicut Deus noster adest  
nobis.*

No, ninguna nacion ha tenido tan cerca á Dios como  
los cristianos; ninguna ha tenido como nosotros la segu-  
ridad de que en alas de la religion subiremos junto al  
trono del Señor, si debidamente preparados para vene-  
rar y honrar este augusto Sacramento, merecemos ser  
juzgados por la divina misericordia, que os deseo en nom-  
bre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.



## SERMON

### DE LA FESTIVIDAD DE CORPUS,

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA, EL 27 DE

MAYO DE 1869, POR EL

Presbitero Jose Joaquin Diaz.

Accipite et manducate: hoc est corpus  
meum.

S. Pablo ad Cor. c. XI, v. 24.

Recibid y comed: este es mi cuerpo.

ILLMO. SEÑOR:

No satisfecho Jesucristo con haber abierto en la Eu-  
caristia las fuentes de la vida espiritual, le ha vinculado,  
por añadidura, otras gracias para atraer eficazmente al  
hombre á la frecuencia de este altísimo Sacramento. En  
el misterio de la Eucaristia, prenda irrefragable del amor  
de Dios, tenemos garantizadas dulces é inefables delicias  
con que el Salvador embriaga al alma que dignamente  
lo recibe.

Bien y quizá dolorosamente sabemos que la pasión mas dominante en el hombre es el amor á los deleites: placeres y deleites busca con ansia, y apenas los ha saboreado, cuando se le avivan los deseos de gozar y lo que es peor, de una manera nueva é intensa. Si como ordinariamente sucede, en esta exigencia de nuestra naturaleza, somos engañados por una ilusión fatal, tras el desengaño viene el fastidio, tras el fastidio la desesperación, y tras la desesperación, ¡ah! señores, vosotros lo sabeis, la muerte perpetua. *Dije yo en mi corazón iré y tendré abundancia de delicias y gozaré de los bienes, y vi que esto era vanidad.*

La experiencia justifica plenamente esta palabra divina del Eclesiastés. Dormido el hombre en los brazos de los placeres, vino á despertarlo una voz celeste, para sacarlo del abismo de la voluptuosidad. *Recibid y comed, le dice Jesucristo, este es mi cuerpo.* Como si le hubiera dicho: Este pan, mi verdadero cuerpo, que tiene todos los gustos y los sabores mas exquisitos, además de ser refugio, sabiduría, herencia, posesión y tesoro, os proporciona quietud, paz, suavidad, dulzura y delicias castas, inefables y celestiales: *recibid, pues, y comed. Accipite, etc.*

Deleites inocentes y verdaderos nos ofrece, con tierna solicitud, Jesus sacramentado; y siendo la personificación del amor divino y el mismo divino amor, la Eucaristía recrea, deleita, encanta, embriaga, extasia de consuelos indecibles y de dulces delicias. Mas de codiciar que el oro y que las piedras preciosas son estas delicias, y mas dulces que la miel y que el panal. Sin embargo, no siempre aceptamos lo que nos es provechoso, ni nos disponemos para recibirlo debidamente; ¡miserable condicion del corazón humano! Menos por una inteligencia carnal de este misterio, que por malicia, no faltan quienes repitan: *duro es este razonamiento, y ¿quién lo puede oír?* Cuanta diferencia entre Dios y el hombre en el Sacramento del altar! Jesucristo es todo finezas; el hombre todo frialdad y aspereza. Jesus nos brinda en si mismo con los

tesoros infinitos de sus gracias; el hombre le niega la consagración de su cuerpo y de su alma. Jesus quiere colmarnos de las delicias de su amor; el hombre le hace experimentar las amarguras del desprecio, de la traición y de la ingratitud. De este contraste deduzco el asunto, que debo exponeros, y que creo expresado con claridad en los términos siguientes: dulzuras que Jesus sacramentado hace gustar al hombre que lo recibe dignamente; amarguras que causa á Jesus sacramentado el hombre que lo recibe sacrilegamente.

Se ha dicho con verdad, que el placer y el dolor, el odio y el amor son los dos ejes de la naturaleza y los instrumentos de la Divinidad: voy á mover estos resortes del corazón humano, para inspirar al cristiano respeto santo y ardiente amor á un misterio que asombra á los mismos ángeles y que es un manantial de delicias para los hombres. El Señor, como se lo debemos suplicar por los méritos de la Virgen Santísima, secundará mis esfuerzos por el influjo omnipotente de su gracia. Ave Maria.

El alma que comulga dignamente, se une á Jesucristo con una union semejante á la del cuerpo con el alimen-

to, el cual se convierte en la misma sustancia de éste según piensa San Bernardino de Siena; y siendo Jesucristo el hogar santo, el foco inextinguible, la fuente perenne del amor de Dios, *el alma*, dice San Gregorio, *queda por la Eucaristía de tal manera embriagada del divino amor, que olvida enteramente todas las cosas criadas*. ¡Oh yugo del amor santo, exclama San Agustín, *qué dulcemente aprisionas, qué suavemente apremias, qué blandamente cargas!* Con profunda filosofía ha definido el Petrarca el amor profano; es, dice, *un sabroso veneno, delicioso enfermedad, apacible suplicio, blanda muerte*; por antitesis y con no menos verdad decir puedo: que el amor divino es un sabroso alimento, delicio-a salud, apacible galardón, blanda vida. Nosotros, señores, acostumbrados al amor profano, no sabemos apreciar el gusto y dulzuras del amor divino. El amor profano comienza, es cierto, con dulzura, pero acaba con amargura y dolor; el amor divino comienza con amargura y dolor, pero acaba con dulzura y suavidad. De este amor con sus goces y consuelos, nos colma Jesús sacramentado. Pero reparemos en tres radicales diferencias entre el amor de Dios y el del mundo, entre los deleites terrenos y los divinos. Jamás los deleites del amor del mundo llenan el alma; las delicias del amor de Dios nos sacian hasta la hartura. Los deleites del amor del mundo son transitorios y momentáneos; los del amor de Dios permanentes é inagotables. Los deleites del amor del mundo vienen mezclados de sentimientos encontrados; los del amor de Dios son pura paz, puro gozo, sin mezcla de mal alguno. Estos gloriosos caracteres de las delicias divinas van impresos indeleblemente en el amor que profesa Jesucristo al alma que comulga debidamente.

Amar, señores, es querer encontrar en el objeto amado lo que falta á nuestro propio corazón: es mirarlo, según Massillon, como el solo recurso de todas nuestras necesidades y el remedio de todos nuestros males; y cuando consagramos nuestro amor á Jesús sacramentado, no nos equivocamos en nuestras aspiraciones, porque solo Jesucristo es bastante grande para llenar toda la inmen-

sidad de nuestros corazones; solo bastante poderoso para satisfacer nuestros deseos; solo bastante generoso para dulcificar y aliviar nuestras penas. De todo nos hace sentir este amor, y sin él ninguna cosa puede deleitar satisfactoriamente: grande tranquilidad, paz completa y alegría perfecta son los frutos de una comunión digna.

Con Jesucristo en el pecho, el alma puede exclamar verdaderamente: *¡Oh mi Dios y mi todo! ¿qué mas quiero y qué mayor dicha puedo apetecer?* Engolfada en delicias, reposa en aquel único y soberano bien, fuente de todos los demás bienes. A esta plenitud de goces el alma, según la dignación de Jesús sacramentado, va ascendiendo por diversos grados de oración hasta el arrobamiento, cuyo estado es tan feliz por las delicias que en él se gustan, que Sta. Teresa no sabe con qué términos expresarlo, contentándose con afirmar: *que es una manera delectosísima de gozar el alma: es un gusto y suavidad sin comparacion: es gozar en una especie de agonía con el mayor deleite que se pueda decir*. De los santos anegados en tantas delicias, ha salido este grito, que revela el colmo de la felicidad aún en la tierra: *Basta, Señor, moriré á fuerza de dulzuras, si vos no moderáis mi alegría*. ¡Extrañaremos, pues, que tantos héroes cristianos hayan sacrificado tesoros, honores y hasta su vida misma, por la vida, los honores y los tesoros de Jesús sacramentado? Apóstoles, confesores, vírgenes, mártires y todos vosotros, moradores del cielo, contadnos las delicias que disfrutasteis en la tierra, contadnos los favores divinos con que os agració la generosidad de Jesucristo en el Sacramento del altar. Ellos nos responden con Salomon: *Dios ha henchido de delicias nuestros corazones; hemos subido del desierto llenos de delicias, y con Isaías: nos hemos saciado en los pechos de la consolacion de Dios y abundando en sus delicias*.

Además de completas son inagotables las delicias que fluyen de la Sagrada Eucaristía. En Dios nunca hay alteracion alguna, porque no es como el hijo del hombre pura que se muda: tenemos asegurada la perpetuidad de sus

favores, mientras le seamos fieles. En vez de que nos lleven á faltar, aumentar podemos las delicias con que nos recrea este pan *nico bajado del cielo*, en proporcion de nuestros esfuerzos para perfeccionarnos en la virtud. Jamás se agotarán los deliquios llenos de una suavidad angélica de que es fuente Jesucristo sacramentado, ni por el número de personas á que se extiende el amor divino, ni por la intensidad en cada una de ellas de este mismo amor. En tal concepto, es digno de reprehension el deseo de ciertas almas piadosas que ansían gozar, cuanto antes, la mayor suma de deleites espirituales, quejándose de sequedad de espíritu. Doctrina interesante encierran las siguientes palabras de la insigne Doctora ya citada: *quien quisiere pasar de aquí, dice, y levantar el espíritu á sentir gustos que no se le dan, es perder todo: quédase el alma desierta y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en la humildad, mientras mas llegados á Dios, mas adelante ha de ir esta virtud, y si no va todo perdido Parece algun género de soberbia querer nosotros subir á más; pues Dios hace demasiado, segun somos, en allegarnos cerca de sí; y agrega: en especial para mujeres es malo este deseo, pues podrá el demonio causar alguna ilusion, aunque tengo por cierto no consiente el Señor dañe á quien con humildad se procura llegar á El.*

Además de completas é inagotables las delicias que naman de la Sagrada Eucaristia son puras, sin mezcla de sentimientos encontrados. Los lazos del amor divino son tan dulces, que carecen de toda aspereza; sus gustos tan positivos, que excluyen todo dolor; su reposo tan quieto, que nada lo perturba; su esperanza tan llena de felicidad, que no teme miseria alguna. Si Dios defiende el alma, ningun enemigo de los muchos que lo asedian, logrará amargar sus dulzuras por sospechas, temores, cóleras ó furoras.

Pero ¿cómo explicaremos, señores, las aflicciones de los justos en medio de sus delicias? ¿Cómo conciliaremos tanto gozo con los tormentos de los mártires, por ejemplo? Tertuliano satisface esta pregunta: «Un cristiano,

dice, halla en la prision las mismas delicias que hallaban los profetas en el desierto. Cuando está fija el alma en el cielo, no siente ya el cuerpo el peso de las cadenas, porque lleva aquella consigo á todo el hombre.» Con su sabiduría acostumbrada dice tambien el autor de la Imitacion de Cristo: *El amor es un gran don, porque solo él vuelve ligero lo que era pesado, y solo él sufre con una tranquilidad inalterable todos los accidentes de la vida, hasta llevar sin pena lo mas enojoso y haciendo agradable y dulce lo que nos pareciera mas amargo.* No negaré que nos manda el apóstol procurar con temor nuestra salvacion; pero nos habla de un temor fundado en nuestra propia debilidad y no de un temor y desconfianza del amor de Dios, que nunca puede faltar á su palabra, y que nos infunde tal confianza, que podemos decir realmente: *El Señor es mi luz y mi salud; ¿á quién temeré?* Ni las tentaciones, ni las persecuciones, ni los embates de los hombres, ni las sugestiones de los demonios arredran al cristiano alimentado con el pan eucarístico, en donde solo se encuentra un manantial de inefabables delicias.

Peró así como agota Jesucristo todo su amor en favor del hombre, recreándolo con las delicias del Santísimo Sacramento, cuando se prepara debidamente, así tambien no pocas veces agota el hombre todo su odio contra Jesucristo, causándole amargas acerbias, cuando comulga sacrilegamente.

II.

Quien comulga en pecado, incurro en tres defectos detestables que son otras tantas fuentes fétidas de amarga hiel, que derramamos inicuamente en el corazón tierno y amante de Jesús sacramentado; la comunión sacrilega envuelve *un desprecio, una traición y una ingratitud*. Veámoslo, señores, para aterrarnos saludablemente, á fin de evitar, con todas nuestras fuerzas, llegar á ser, una sola vez, reos del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

No anima á la Divinidad un vehemente deseo de unirse al hombre por la Eucaristía, si no se ha purificado por una penitencia sincera; y no hacerlo así, es un acto de desprecio el más culpable hácia la divina Magestad, cuyo nombre es santo y en quien es santo todo. Aún en las relaciones de hombre á hombre, nos esmeramos en preparar la casa y los homenajes de respeto, según el rango de las personas que nos visitan; ¿cómo nos deberíamos disponer para unirnos en la comunión con el Soberano de los cielos, con el Hijo de Dios, cuya santidad, dignidad y grandeza son infinitas? Así como Dios nos ha testificado su amor, dándonos por habitación el mundo con todas sus gracias y riquezas, de la misma manera el hombre debe disponer á su Criador, cuando lo recibe bajo las especies sacramentales, una morada digna del Rey de los reyes y Señor de los señores; de tal suerte, que su alma sea un vaso puro y santo, digno hogar del sacrosanto Cuerpo de todo un Dios.

Sin embargo, dividido nuestro corazón entre los intereses temporales y eternos, no cumple con la exactitud debida el precepto del Apóstol, *que nos probemos*, esto es, que nos examinemos bien antes de recibir la divina Eucaristía. Por esta conducta sustituimos el sacrilegio á la piedad; en lugar de un santuario decorado preciosamente,

le damos un albergue inmundo; en lugar del sonoro eco de alabanzas y acciones de gracias, el bronco ruido de las pasiones agitadas; en lugar de la santa alegría de los hijos de Dios, el torpe goce de las cosas terrenas y la miseria del vicio en lugar del esplendor de las buenas obras. No, no conviene recibir así á un Dios que, teniendo por dosel el firmamento y millones de mundos por gradas de su trono, es adorado incesantemente por las celestiales inteligencias. No demos ocasión á que nuestro amantísimo Jesús prorrumpa en esta tierna queja: *He criado y elevado á unos hijos que me han despreciado*. Que nunca tenga motivo para interpelarnos de este modo: *Pueblo mío, ¿qué te hice ó en qué te fui molesto?* Respondedme, y no sabrémos qué responder, después de haber profanado el Cuerpo y la Sangre del Cordero: nuestra confusión sería entonces completa, nuestro espanto terrible, nuestra impenitencia segura á la hora de la muerte. Pero no solo es un desprecio la comunión sacrilega, es más que un desprecio, es también, señores, *una traición*.

Personificación de los que comulgan sacrilegamente es Júdas. Júdas comulgó también en la memorable noche de la cena, pero con la simulación en el semblante y el odio en el corazón; y con un pérfido beso entrega á Jesús en manos de sus enemigos. «Júdas son, dice el eminente orador Ventura de Rátulca, Júdas son los que se acercan al tribunal de la penitencia, y después se sientan en la Mesa eucarística, como si quisiesen reconciliarse con Jesucristo, abrazarle y hacerse sus amigos fieles; mientras que su corazón no se ha mudado; mientras que están prontos á volver á la vida de escándalo y de pecado que solo interrumpen por algunos instantes; mientras que en estos actos no se proponen otra cosa que engañar al público y conjurar el anatema de la Iglesia; mientras que solo dan al Señor un beso impío, pues salen del santo Tribunal sin tener un pecado de menos y cargados con dos sacrilegios más.»

Como Júdas por un vil interés, vendemos, en la co-

munion sacrilega, el pan de los ángeles á los demonios por el precio inicuo de nuestros gustos mundanos. Como Júdas que de amigo pasó á enemigo y aliado de los enemigos de Jesus, nosotros, tráfugas de la gracia, renegamos de nuestro Dios; y aliados con el enemigo comun, traicionamos á Jesus pérfidamente. Como Júdas que, mientras mas se acercaba con el cuerpo al Salvador, tanto mas se alejaba con el alma, nosotros nos unimos con el cuerpo á Jesucristo por la comunión; pero si esta es sacrilega, nos separamos un abismo de El con el alma. Como Júdas que no dió gracias despues de la santa cena, el que comulga sacrilegamente tampoco las dá sino fermentadas, con una boca seca, con un corazon vacío del amor divino; y como Júdas el primero que comulgó indignamente, sacó la muerte del pan de vida. ¿Qué suerte aguarda al que imite su sacrilegio? Una Justicia severa, un castigo terrible. Verdugos del alma, lo seremos tambien del cuerpo: á la hora de la muerte nos devolverá el demonio meridiano con un beso fatal, el pérfido beso que dimos á Jesus, y no tendremos por estipendio de nuestra traicion otra cosa que la eterna condenacion.

Pero no solo es un desprecio y una traicion, la comunión sacrilega, es mas que un desprecio y una traicion, es tambien, señores, *una ingratitud*. La ingratitud envuelve tres desórdenes: el olvido del beneficio, la deshonra del bienhechor y la correspondencia con injurias. Por esto es tan execrable que, segun Platon, *lleva en sí todos los vicios*. *El ingrato no merece los atributos de hombre*, dice otro escritor, y San Bernardo, explicándola por sus efectos en el órden sobrenatural, afirma: *que es un viento abrasador que seca los manantiales de la gracia*. Pues bien, una ingratitud comete quien sacrilegamente comulga, porque olvida los tesoros de amor; el cámulo de bienes reservados solo para él en la Eucaristia: profana, envilece el adorable cuerpo de Jesucristo y arroja á esta margarita preciosa, el Santo de los santos, á los animales inmundos. En la comunión sacrilega, inicidamente ultrajamos al Rey del cielo y de la tierra, somos infieles al

tierno Esposo de las almas, desdeñamos la solicitud de este Médico soberano, ajamos la autoridad de este supremo Juez, rechazamos los cuidados de este Pastor amante, ¿y no es esto, señores, una ingratitud monstruosa? En la comunión sacrilega, desconocemos el beneficio de la creacion como los ateos: vilipendiamos el beneficio de nuestra redencion como los herejes y como los pecadores endurecidos, renunciamos el beneficio de nuestra glorificacion: ¿y no es esto, señores, una ingratitud monstruosa? A tales excesos conduce al hombre la comunión sacrilega.

Una vez enseñaba Jesus en el templo de Jerusalem su celestial doctrina; y habiéndosele acercado los principes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, les dijo: «Señeante es el reino de los cielos á un rey que hizo bodas á su hijo, y mandó que congregaran cuantos hallasen, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. Entró el rey, y vió á un hombre que no estaba vestido con traje de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo has entrado aqui no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo á sus ministros: atado de piés y manos, arrojadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes.» Señores, no es otra la suerte del que comulga sacrilegamente. Jesucristo con una generosidad propia de un Dios, nos ha invitado al convite de su Cuerpo y de su Sangre, bajo la condicion de que nos acerquemos á la celestial Mesa ricamente adornados con los atributos de la virtud. Si con inaudito atrevimiento nos sentamos al convite de la comunión sin pureza de conciencia, amigo, nos dirá Jesucristo, ¿cómo has entrado aqui no teniendo vestido de boda? Nuestro silencio será la confesion del sacrilegio, y tras la confesion del sacrilegio vendrá la eterna condenacion.

Para evitarnos con tiempo tamaña desgracia, Jesucristo nos brinda con las delicias espirituales y eternas de que nos inunda el Santísimo Sacramento: con una solicitud paternal, nos detiene en la carrera de los placeres mundanos, ofreciéndonos gustos y deleites inexplicables, que

reemplazan con ventaja la sombra de felicidad que nos seduce. *El que halla sus delicias en estar con los hijos de los hombres*, nos asegura, en la participacion de su Cuerpo y de su Sangre, freno para las pasiones, fortaleza contra las tentaciones, medicina para cualquiera enfermedad del espíritu.

El Señor que por ministerio de un ángel dijo á Elias, *levántaos y comed*, nos dice por sí mismo: *Recibid y comed, este es mi cuerpo*; y nos inspira para hacerlo con las disposiciones convenientes, sentimientos de humildad, pesar de nuestras culpas, respeto, atencion, fervor, modestia, amor y confianza. Esto es el colmo, señores, del amor de Jesus sacramentado. Comamos, pues, este pan con que Dios nos convida; pero comámoslo á menudo y con limpieza de alma: así lo exigen el continuo agotamiento de nuestras fuerzas en la larga y penosa carrera de la vida y nuestra suerte futura. «Oh boca del hombre, vaso misterioso, ábrete para recibir al Dios que te ha hecho, al Dios de quien tu hablas, al Dios que conoce las vias para penetrar en tu alma y comenzar el abrazo sustancial que se consumará en la eternidad!» exclama conmovido Lacordaire.

¡Oh buen Jesus, amantísimo Salvador! Bajo el velo del Sacramento, te confesamos y adoramos realmente presente: para nosotros nada es tan cierto como que resides en ese pan de los ángeles bajado del cielo, para la vida y para las delicias de la vida del hombre miserable. Tú, cuya inmensidad publican los mares con sus mugidos; Tú, cuya ira anuncia con sus estragos el huracan; Tú, cuya justicia ostenta el rayo al desatarse en sureos de luz sobre la tierra, te humillas, Señor, hasta visitar al hombre á pesar de su bajeza, y le infundes el soplo vigoroso de tu aliento y lo colmas de delicias y favores. Haz que descienda sobre nuestras almas, en abundancia, tu celestial claridad y tu gracia fecundante. ¿Nos negarás, Señor, este insigne beneficio, Tú que eres tierno Padre del pecador y dador de toda consolacion interior? Sin tí nada bueno tiene el hombre, nada santo. Lava nuestras

manchas, riega la aridez del corazon humano, sana sus enfermedades. Doblega nuestra resistencia á tus mandatos, impulsa nuestras rectas inclinaciones, dirige nuestros pasos por el sendero de la virtud.

Con tales gracias, hermanos míos, habiendo evitado causar á Jesucristo las amargas de una comunión sacrilega, nos saciarémos en los goces y delicias de una comunión fructuosa, conseguiremos el don de la perseverancia final; y por último, al recordar cuando exhalemos el postrer suspiro, que le dimos en nuestros pechos digno hospedaje, nos llegará á decir Jesus sacramentado: *Venid, amados míos, venid á sentaros en el festin eterno. Amen.*

sermon

SERMON

DE LA

FESTIVIDAD DE CORPUS CHRISTI,

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE AMOZOC, EL DIA 23 DE JUNIO DE 1851,

por su Cura interino G. A.

Dia tambien de la festividad de S. Pedro.

Non Moyses dedit vobis panem de coelo; sed pater meus dat vobis panem de coelo verum.

Joann. c. 6, v. 32.

Moyses no os dió pan del cielo; mi Padre es el que os dá el verdadero pan del cielo.

Evangelio de S. Juan, c. 6, v. 32.

El hombre rey de la creacion un instante, allá en el principio de los tiempos, alzaba en el Eden su frente erguida, recibiendo los homenajes de toda la naturaleza. Mas aquella dicha pasó como una ilusion de la juventud;

una fatal desobediencia derramó el germen de la muerte y de los dolores en el corazon del culpable; arañó de su cabeza la corona de rey; marchitó las flores que servian de alfombra á sus plantas sembrando de espinas el camino de su destierro; y el ángel del Señor teniendo en su diestra la flamígera espada y en su rostro un reflejo de la indignacion eterna, se puso á guardar las puertas del paraíso, contra la raza criminal que habia osado profanarle con la culpa.

Ved al hombre ya en la vasta soledad donde rugen las tormentas, donde quema el sol, donde se desatan los huracanes. Vedle... Ya no es aquel monarca esplendente de nobleza y gracia; á cuyos piés se tendian llenos de respeto el tigre y el leon: su frente arrugada por el pesar y la vergüenza, se inclina hácia una tierra ingrata: su pecho se comprime con el dolor y el miedo, sus plantas vacilan bajo el peso del infortunio. Pero ved á la religion aceptando y consagrando el arrepentimiento, prometiendo una reparacion gloriosa del primer crimen é imprimiendo de nuevo en la frente del infeliz mortal un sello de grandeza donde se ven todavia su noble origen y sus inmortales destinos.

Aquella sublime inteligencia, destello de la de todo un Dios, quedó sujeta á los torpes instintos de la materia impura; y hé aquí al hombre marchando por sendas de perdicion y de muerte. Toda carne habia corrompido sus caminos, y el Señor Dios quiso sepultar el corrompido linaje bajo las revueltas aguas del diluvio. Pero la religion habia preservado á una familia de la corrupcion general y recogió en el arca los gloriosos restos del pueblo fiel.

En vano habia bramado la tempestad sobre la raza delinciente: el hombre dió al olvido la catástrofe y el universo entero hubiera vuelto á sumergirse en las tinieblas del error, si la religion no hubiera llamado á Abraham para continuar en su descendencia los prodigios del cielo. En vano tambien se multiplicaron esos prodigios: en

vano fué que el pueblo escogido viera la lluvia misteriosa del maná, el salto del agua de la roca de Oreb, los relámpagos del Sinaí, el derrumbamiento de los baluartes de Jericó á la vista del arca santa... Aquel pueblo ingrato adoró el becerro y la serpiente, se olvidó de Dios y mató á sus profetas.

Pero los tiempos se habian cumplido y era preciso que se cumplieran tambien las promesas del Eterno. La caduca ley de Moysés, conculcada y mal cumplida en un rincón de la tierra, no bastaba para contener el torrente de la idolatría que dominaba al mundo. Eran necesarios un nuevo legislador y una nueva ley: era menester que la realidad reemplazase á la esperanza, la verdad á los símbolos, la Iglesia á la Sinagoga, y empezó la vida de un Dios en un pesebre y acabó en una cruz.

La refulgente antorcha de la verdad levantada en el Gólgota, penetró en la noche del paganismo, y á su vista cayeron en tierra los ídolos espantados. Un hombre divino, modelo de humildad, de pobreza y de caridad, predicando con su palabra y ejemplo contra el poder de las pasiones desordenadas, le sustituye con el de las virtudes y abnegaciones, sella con su sangre la alianza de un pueblo nuevo y mas querido del Dios de la eternidad, y probando con los medios mas auténticos é irrecusables ser el mismo Hijo de Dios mandado al mundo para su redencion, le consagra todo su amor y queda sacramentado para siempre con los hombres y para los hombres, instituyendo la augusta Eucaristía, que lejos de ser el pan misterioso con que Moysés alimentó por cuarenta años al pueblo hebreo, es el verdadero pan celestial que alimenta al hombre hasta la consumacion de los tiempos, y es la garantía, el don mas precioso é inestimable de su amor que le afianza una felicidad eterna. *Non Moyses, etc.*

Ved pues, señores, el objeto de mi breve y humilde discurso en este día. El Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Unigénito de Dios, es don del cielo, es el pan verdadero en nuestra triste peregrinacion, y el

signo de la alianza del Nuevo Testamento. Para poder emitir mis reflexiones con aquella sancion y eficacia que corresponden á su santo objeto y al útil aprovechamiento del pueblo cristiano que me escucha, preciso es suplicar humildemente la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Santísima Virgen Maria, concebida sin pecado original. *Ave Maria.*

*Non Moyses dedit vobis, etc.*

Gloriábase y con razon el pueblo de Israel de merecer del inefable Jehová aquella predileccion que frecuentemente le anunciaba por el órgano de su legislador Moyses, y que comprobó de tantas y tan bondadosas maneras, cuales nos manifiestan las sagradas letras, tradicionales hasta nosotros por disposicion de nuestro Dios. En efecto, señores, ¿de qué otro principio pudieran haber partido aquellos estupendos prodigios que el Señor obró en beneficio del pueblo hebreo por el ministerio del mismo Moyses y del sumo sacerdote Aaron? ¿A qué otra causa sino á su misericordioso amor, pudieran atribuirse la libertad que esa nacion obtuvo sustrayéndose de la tiranía de Faraon y sus egipcios: la marcha por en medio del desierto, guiada durante el día por la nube

misteriosa, y por la noche por la columna de fuego que encendia el poder divino: la periódica y salutífera lluvia del maná con que esas masas trashuantes se mantuvieron por cuarenta años; y el maravilloso salto del agua de la roca del Oreb con que saciaron su sed en las ardientes llanuras del mismo desierto; y en fin, aquellos otros portentosos acontecimientos á cuya merced debieron la vida en la terrible noche del ángel exterminador del Egipto; y los demás desde su fuga de la funesta ciudad hasta la feliz posesion de la fértil y prometida tierra de Canaan?

Inconcebibles al entendimiento humano son á la verdad, señores, estos y otros beneficios sin cuento que el Dios de Israel dispuso á su pueblo querido por efecto de aquella primera alianza que con él celebró, á ruego y mediacion del mismo Moisés, de la cual fué signo el sacrificio de inocentes víctimas con cuya sangre roció éste al pueblo y á la ley, pronunciando estas palabras: *«Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros.»* Pero sancionada estaba en los consejos de la eterna Providencia, otra alianza, muy mas que aquella solemne, permanente y valiosa, reservada á otro pueblo que si bien ingrato y desnaturalizado mas que otro alguno de la tierra, debe sin embargo al Señor un amor mas ardiente, una predileccion mas explicita. Aquella alianza es la celebrada en el Gólgota; y este pueblo predilecto pero ingrato, es el pueblo cristiano; el pueblo de quien dijo Jesucristo: mis delicias se circunscriben á habitar con los hijos de los hombres. *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Por ello quiso ratificarle esta alianza verdaderamente misericordiosa, con el signo mas prodigioso, con la garantía de infinita estima y valor, con el testimonio del mas ardiente y acendrado amor, con el Sacramento inefable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo verdadero de Dios y Salvador generoso del pueblo redimido con su muerte.

Pasaron los tiempos de los simbolos misteriosos, y sucedieron los de las genuinas y reales significaciones: ter-

minaron las promesas y comenzaron los cumplimientos: cesó el imperio de la ley escrita, y se sancionó la de gracia; y el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, tan generoso y munificente para con el pueblo hebreo, regido por Moisés, lo ha sido mas con el cristiano gobernado por Jesucristo, quien al separarse de los mortales, despues de haber sellado con su sangre el pacto del Nuevo Testamento, quiso dar, y de facto dió al hombre por el ministerio del sumo sacerdote, según el orden de Melchisedec, el verdadero pan del cielo, el pan de vida eterna, el alimento de gracia celestial. *«Non Moyses, etc.»*

Aquel Dios poderoso y fuerte, cuya imperiosa voz abrió camino practicable y seguro en medio de las ondas de un mar proceloso á su pueblo querido para librarlo de ser presa de su enemigo: que le alimentó por cuarenta años en el desierto con el maná celestial y misterioso, y que se dignó ser su defensor y su guía en su larga y laboriosa peregrinacion; aquel Señor que quiso hacer sensible su magestad y grandeza entre los truenos y relámpagos del Sinaí, y su presencia en el templo por medio de una nube magestaosa y esplendente; este Dios infinito á cuya voz airada se conmueven los polos de la tierra y se estremeció el universo entero, y ante cuya presencia no se atreven los ángeles á levantar su faz humilde y respetuosa; este Dios, tal cual es por su divina naturaleza y con todos sus adorables atributos, por amor del hombre se obliga á mantenerse en la pequeñez de las especies para dar al mismo hombre vida, refaccion, gracia y bienaventuranza. Y todo esto ¿por qué? porque sus delicias son habitar con los hijos de los hombres. *Deliciae meae, etc.*

Por esto es, señores, por lo que la Sta. Iglesia al venerar, alabar y confesar este augusto misterio, nos enseña que en la comunión eucarística se recibe al mismo Hijo de Dios. *In quo Christus sumitur;* que este Sacramento es un memorial ajustado y completo de su amarga pasion y afrentosa muerte: *Recollitur memoria passionis ejus:* que por su recepcion, el alma del pecador conrito y humilla-

do, recibe todo el esplendor y poder de la divina gracia que lo reconcilia con su Dios: *Meus impletur gratia*, y por fin que este santo y venerable sacrificio, es el signo, la prenda y el don de la alianza nueva que nos garantiza la bienaventuranza eterna: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. ¡Oh incomparable amor divino!

Los hechos heroicos y magnánimos del Salvador del mundo desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte en una cruz; las autoridades de la Iglesia y sus santos padres, y las humildes reflexiones que sobre mi objeto acabo de hacer, deben haberos persuadido de que en el augusto misterio que hoy estamos recordando con reverencia, se ha vinculado lo que el mismo Jesucristo anunció á sus apóstoles en las palabras que os he recordado: *Non Moyses, etc.*, y por tanto el pueblo cristiano debe adorar un don del cielo debe estimar una refacción sobrenatural para caminar tranquilo y seguro en su peregrinación sobre la tierra, hasta llegar al término ofrecido y deseado; y debe por fin conocer que el mismo inefable Sacramento es el signo y la garantía de la nueva alianza celebrada en el sacrificio del Gólgota desde donde nos fué otorgado el ardiente amor de Jesucristo que se reproduce diariamente en el sacrificio del altar que celebra la Santa Iglesia, la que también quedó erigida desde entonces y regida por el príncipe de los apóstoles S. Pedro, de cuyo martirio se hace hoy reverente recuerdo en todos los países católicos, pues en virtud de aquellas palabras de su Maestro Jesucristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia.» *Tu es Petrus, etc.*, á este santo Apóstol le fué conferida la suprema dignidad de la Iglesia católica, no solo en premio de la ardiente fé con que en muchas veces y en esa particularmente confesó la divinidad del Salvador y el intenso amor que le profesaba, sino también en complemento de la confianza sin límites que mereció á su Maestro para constituirle en piedra fundamental de aquella y hacerlo depositario de la justicia divina, asegurándole que ella confirmaría las sentencias que él y sus sucesores pro-

nunciasen en la tierra. Desde este momento quedó Pedro constituido príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo en la tierra, piedra fundamental de la religión y cabeza visible de la Iglesia católica, la cual, mientras que los imperios pasan y desaparecen y los famosos monumentos que levanta el orgullo de los habitantes del mundo se derrumba por el peso de los años, y cuánto tiene un carácter humano acaba por reducirse al polvo de que salió, solo ella, con la adorable religión que la sostiene, sobrevivirá á todo; y elevándose sobre las ruinas de lo que fué, como el arca de Noé sobre las aguas del diluvio, aparecerá siempre en las alturas armada de la cruz en que venció Cristo á sus enemigos, bajo cuya enseña los pueblos todos de la tierra, después de catástrofes sangrientas, de conmociones generales, de errores sin cuento en que los habían precipitado las falsas religiones, arrepentidos y llenos de infortinio, sentirán algún día la necesidad de una fé viva, de una esperanza firme, de un dogma fundado en la revelación del verdadero Dios, y este sentimiento los hará retroceder de la carrera de la incredulidad, buscando una base firme y estable en que fundar puedan su moral, el orden de sus sociedades, la felicidad de sus familias y una bienaventuranza eterna; y todo lo hallarán en la religión del Crucificado y en las gracias y santidad que comunica el adorable Sacramento de la Eucaristía.

Y ¿cómo deberémos nosotros retribuir á nuestro misericordioso benefactor los beneficios que nos ha prodigado con mano tan liberal? *Quid retribuam Dómino pro omnibus quae retribuit mihi?* ¿Cómo, pues, deberémos conducirnos desde este instante si ántes no lo hemos hecho con nuestro Padre, todo lleno de bondad, de misericordia y de amor? Ah! para el pueblo católico que me escucha, obvia y precisa es la resolución. Debemos, pues, retribuir tanto amor, consagrandolo á Dios todo el nuestro para amarle con todo el alma, con todas las potencias, con todo el corazón: debemos guardar su ley santa, con diligencia, respeto y temor: debemos acercarnos con

